

# ΑΤΑΡΑ





EL ARCA CHOCÓ contra la cima de una montaña y el golpe hizo rodar la lámpara de aceite que proyectaba sombras fantasmales en las paredes abombadas y en el suelo irregular de la nave, cuyos crujidos quedaban ahogados por los gritos de los animales. Atara la recuperó justo en el momento en el que iba a prender una pila de paja destinada a alimentar a los búfalos.

El olor a orines en los establos del arca era insoportable para cualquiera, menos para Atara, que sufría desde pequeña una sinusitis crónica que le había atrofiado el olfato. Por ese motivo, Noé le había asignado la tarea de ocuparse de los animales. Ella había aceptado de buen grado porque prefería limpiar y alimentar a las bestias antes que soportar día y noche las beaterías de su familia política.

Mientras sus cuñadas y su suegra se ocupaban de la cocina y de ordenar la mínima parte del arca destinada a la familia, Noé y sus hijos, sentados en torno a la mesa (que se desplazaba de un lado al otro con los movimientos del arca porque había sido lo único que no habían tenido tiempo de fijar al suelo) se entretenían haciendo planes para repoblar la Tierra que Dios acababa de destruir.

Cam, su esposo, bajaba de vez en cuando a verla con un pañuelo sujeto alrededor de la nariz. A veces, para matar el aburrimiento cogía un cepillo de retama y se entretenía un rato sacándole las garrapatas al león, pero solía cansarse pronto y con la excusa del tufo volvía arriba con sus hermanos, con los que se llevaba a matar. Atara sabía que no bajaba a verla, sino a aliviarse la frustración.

– El ocio no es bueno para nadie – le reprochaba al desocu-

pado de su marido cuando empezaba a protestar – las manos quietas paralizan también el seso.

– El Dios de mi padre debe de estar loco – se quejaba él, abatido y sin escucharla – ¿Para qué crea un mundo que luego ha de destruir?

Atara era consciente de que el no hacer y el mucho pensar le estaban avinagrando el carácter. Nunca había sido un hombre alegre y lo que había estado temiendo desde el principio de la travesía acababa de ocurrir: Cam había caído en las garras de la depresión.

– ¿Y de qué sirve que nosotros nos esforcemos para reconstruirlo si a la primera de cambio se le puede meter entre ceja y ceja que somos unos pecadores y vuelve a echarlo todo a perder?

Atara, sin dejar de barrer las enormes montañas de excrementos que producían las criaturas escogidas por Dios, le confesó también sus dudas.

– Tienes razón Cam, pero alégrate de que nos haya tocado a nosotros ser los elegidos. Aunque, si quieres que te diga la verdad, no me explico qué criterios sigue Dios. Nuestros vecinos eran gente decente y abstemia y han perecido todos, hasta los niños, mientras que tu padre, a quien no hay quien lo aguante cuando le da a la botella, pasará a la historia como un modelo de santidad.

– Estos días está que muere porque se le ha terminado el vino. Dice que lo primero que hará cuando toquemos tierra firme es plantar una vid. Está impaciente por pillarse una co-gorza.

– Échame una mano con toda esta porquería – le pidió Atara, que no dejaba de trabajar, ya que su sentido práctico de la vida le impedía estar ociosa, resentida o frustrada como su marido – Qué pena que haya que tirarla al agua; con lo bien que me hubiera venido en la huerta.

Atara empujaba la gran montaña de estiércol hacia una habitación, especialmente diseñada por Noé a tal efecto, que tenía una compuerta al exterior por donde iban a parar al agua todos

los excrementos que barría a diario de las jaulas.

– Da gracias – añadió tras cerrar la compuerta con un gran esfuerzo de su brazo derecho mientras Cam se quitaba la roña de las uñas con una brizna de paja, sin hacer ningún ademán por ayudarla – de que las alucinaciones de tu padre, aunque fueran debidas al vino, nos hayan salvado del diluvio. Mientras que el resto de los mortales se debe de estar pudriendo ya en el fango, nosotros al menos tenemos una esperanza de salvación.

– ¿Esperanza? – objetó Cam mirándola trabajar, apoyado sobre la pared de madera del establo – ¿Con este Dios omnipotente que controla las vidas de todas las criaturas? ¿Con este Dios caprichoso a quien le da de vez en cuando por destruir su obra como si fuera un juego de niños que se puede destrozarse de un manotazo?

– Shhhhh. Baja la voz, que tu padre tiene oídos de murciélago.

– Pero es verdad ¿No? ¿Si no cómo te explicas este desastre?

– Pues mira no lo sé. Supongo que además de la lluvia, en alguna parte, más allá del desierto, se deben de haber derretido las montañas de hielo. Es una gran desgracia que cada familia no contara con un visionario como el nuestro. Y ahora, si no vas a ayudarme, anda déjame tranquila, que como me descuide los caimanes se me comen a las cabras. No pueden estarse quietos y se me cuelan por entre las rendijas de las jaulas.

Atara no se quejaba del trabajo duro. Estar ocupada era la única forma de sobrevivir a los días interminables que le iban a tocar pasar encerrada en aquella nave asfixiante, con la familia de su marido casi todo el día rezando y dando gracias a Dios por haberles salvado.

Y los rezos le aburrían a morir.

Atara no era como ellos. Ella no pensaba nunca en Dios porque no quería caer en las contradicciones que amargaban a su marido. A pesar de que no soportaba la beatería de los Noé y de que se entristecía a veces al pensar en su propia familia (sus padres y sus hermanos, que habían perecido en el diluvio), al menos sabía que le debía a su suegro la genial idea del arca y

se sentía agradecida por la posibilidad que le ofrecía de sobrevivir. Además, amaba a los animales (hasta su casamiento había cuidado de los rebaños de su padre) y siempre se había sentido mejor con ellos que con los hombres. Ahora, mientras apartaba con cuidado los huevos de avestruz que servirían para la cena, pensaba con esperanza en una tierra que la lluvia revestiría de verde y donde las criaturas de las que se ocupaba volverían a correr libres.



Al principio, en la Tierra había pocas especies y las que subieron al arca no eran más de veinte o treinta. De los felinos sólo existían los leones, entre los reptiles apenas había caimanes y alguna pareja de serpientes, que eran los animales más antiguos del planeta. Aves había muchas, metidas en jaulas de caña, que armaban un constante guirigay y dejaban el arca perdida de plumas. Había elefantes, jirafas, cebras, gorilas, rinocerontes y una pareja de gacelas. También estaban las bestias mansas que el hombre llevaba explotando desde el principio de los tiempos: las cabras, las ovejas, los cerdos. La vaca ocupaba un lugar de honor en las cuadras y su leche se reservaba exclusivamente para el patriarca, que era alérgico a la de otros animales.

Los insectos y los parásitos no habían sido incluidos en la lista de Noé, pero subieron al arca escondidos entre el pelaje de los mamíferos. Las ratas, a las que nadie invitó, se colaron al interior por las rendijas, tan pronto como las primeras gotas de lluvia empezaron a dejarse caer.

Los días eran largos y Atara trabajaba de prisa. A veces tenía los establos limpios y los animales alimentados antes del mediodía y entonces se pasaba las tardes sentada entre ellos, con trozos de carboncillo que robaba de la cocina, observándolos, estudiándolos y dibujándolos en el suelo y las paredes del establo.

– La verdad es que no somos muchos – les decía, mientras sobre una plancha de madera le dibujaba una sombra al muslo

de un elefante o definía el pico del urogallo – No sé si entre los pocos que somos lograremos repoblar la Tierra.

Por las noches, insomne sobre el jergón de paja húmeda, junto al cuerpo dormido de Cam, se preguntaba si habría otros lugares, más allá de los que ellos conocían, donde hubieran sobrevivido otras especies. O si era cierto que, como decía su suegro, ellos eran los únicos habitantes vivos sobre la faz de la Tierra.

–¡Qué responsabilidad! – exclamó una mañana, perdida en sus pensamientos, mientras ordeñaba a la vaca para el desayuno de Noé – La Tierra es enorme, si al menos no fuéramos tan pocas especies.

Y entonces fue cuando la oyó.

Al principio tuvo miedo, pero luego se dijo que algo así debía de haber escuchado Noé justo antes de empezar a construir el arca.

Era una voz interior, una llamada, una orden.

Su suegro se empeñaba en que era la voz de Dios, pero Atara no se preguntó de dónde procedía; simplemente le prestó toda la atención de la que era capaz. Se concentró en ese atisbo de idea, de pensamiento nuevo que le acababa de llegar a la mente y empezó a dibujar, ya sin mirar a sus modelos, unos animales nuevos que sólo existían en su imaginación.

Más especies, se dijo mientras subía el cubo de leche a cubierta. Lo que el mundo necesita son más especies de animales, más variedad, más colorido. ¿Por qué han de ser los elefantes los únicos que tengan trompa y las cebras los únicos a rayas? ¿Cómo quedaría por ejemplo un león con rayas o un cerdo con una trompa, por muy pequeña que fuera?

A partir de ese momento ya no fue capaz de pensar en nada más. En su mente empezaron a acumularse imágenes de animales inexistentes, fantásticos, imaginarios. Patos grandes como avestruces, con el cuello largo, la pluma blanca y el aire elegante y no despistado y estúpido; leones marinos; gatos moteados; ratas hermosas de cola larga, peluda y prensil que se pasearan por los árboles en lugar de saquear las despensas.

Atara robó un trozo grande de carbonilla del hogar y pasó los tres o cuatro días siguientes en un frenesí de dibujos, ideas y bosquejos. Tan pronto como tenía arreglados a los animales, buscaba espacios vírgenes en las paredes del establo y se dedicaba a idear especies nuevas y magníficas.

Y a darles nombre.

¿Cómo era posible que si de verdad había un Dios se hubiera olvidado de crear algo como un tigre, o un tapir, o un cisne o una ardilla? Este olvido imperdonable era la prueba palpable de que al Dios de su familia política, si era cierto que existía, le faltaba imaginación.

Desde ese momento Atara vivió obsesionada con la idea de alumbrar nuevas especies de animales que, al no poder poblar la tierra, poblaban sólo su imaginación. Hasta que, de repente, la misma voz que había escuchado unos días antes volvió a sugerirle una idea, que Noé no habría dudado en tachar de diabólica.

Atara había notado que los animales llevaban unos días inquietos. Las jornadas en el arca eran todas iguales y con tanta lluvia ya no sabía en qué mes estaban. Sin embargo, como Noé, al no tener otra cosa que hacer, llevaba el cómputo exacto de los días, supo al preguntarle que estaban a punto de entrar en la primavera.

Aunque afuera el invierno se empeñaba en imponer su negrura, los animales obedecían sólo al ciclo regular de sus hormonas. El ruido había aumentado en los establos. Los machos se movían inquietos, haciendo crujir peligrosamente la frágil estructura de madera de las jaulas y daban vueltas alrededor de las hembras, limitados por el reducido espacio que les dejaba la cautividad.

Fue entonces cuando se le ocurrió.

– ¡Claro! ¡Un gato grande como un león, pero rayado!

Miró a su alrededor; sólo las cebras tenían rayas. Su cabeza iba muy rápida; las ideas se agolpaban en su mente y pugnaban por salir transformadas en un dolor de cabeza que cualquiera hubiera achacado a la falta de aire fresco y al hecho de pasar un

día tras otro oliendo orines, bestias y estiércol.

Sacó al león de la jaula y lo metió en la de la cebra hembra, mientras que a la cebra macho la metió con la leona. Sabía que era un experimento muy arriesgado porque siempre cabía la posibilidad de que los felinos se comieran a los ungulados, pero se dijo que sin riesgo no hay ganancia y que al fin y al cabo no había mucho que perder. Si la lluvia no cesaba pronto iban a morirse todos de hambre.

Al elefante lo metió en la jaula de la hipopótama y al avestruz con la pata; el cerdo compartió pesebre con la gacela y la jirafa con el rinoceronte. Las combinaciones eran muy extrañas, pero lo único que podía hacer era probar.

Aparte de que los animales más agresivos se comiesen a su nuevo compañero de jaula, lo que más le preocupaba era que a algún miembro de la familia le diera por bajar, descubriera el intercambio de especies y le fuera a sabotear los planes.

Pronto se dio cuenta de que ambos temores eran infundados. Con el tiempo que llevaban de inactividad, a los carnívoros se les había adormecido la agresividad y al cabo de tantas semanas de diluvio, nadie, ni siquiera Cam, se molestaba ya en bajar a las dependencias de los animales, así es que, carboncillo en mano, Atara esperó con paciencia a que la naturaleza siguiera su curso.

Pero estaba aterrorizada.

Al fin y al cabo, ser la artífice de un atrevido experimento de intercambio genético, sin precedente en la historia del Génesis, la colocaba en una situación muy arriesgada. No estaba segura de que al Dios de Noé fuera a gustarle que nadie, y menos una mujer, fuera a inmiscuirse en su Creación, pero su sentido práctico se impuso una vez más sobre sus temores.

– ¡A lo hecho pecho! – exclamó para darse ánimos.

Al principio los animales se olisqueaban, se miraban con curiosidad, se acercaban y se alejaban, temerosos de sus nuevos compañeros de jaula, sin atreverse a hacer mucho más

– ¡Vamos muchachos! – les animaba ella – Si no somos más no tenemos posibilidades de repoblar la Tierra, así es que, ale,

¿A qué estáis esperando? ¡Al ataque!

Parecía que todos hubiesen estado esperando a que fuera el vecino quien se decidiese a empezar, porque en cuanto la cebra macho empezó a embestir por detrás a la leona, los demás empezaron a tomar confianza, cada cual a su ritmo, y al cabo de unas horas, los establos del arca se habían convertido a la vez en una orgía animal y en el laboratorio de ingeniería genética más antiguo del planeta.

Esa noche Atara estaba tan contagiada del erotismo animal que supuraba de las jaulas que se atrevió a interrumpir los ronquidos de Cam y a despertarle de su sueño, con la esperanza de contribuir ella también a repoblar la Tierra.

Al llegar a término las gestaciones, Atara experimentó en sus huesos el mismo placer creador que debía de haber experimentado el Dios de Noé al imaginar el mundo y al verlo después manifestarse ante sus ojos.

De los vientres de las hembras y de los huevos de aves y reptiles empezaron a salir criaturas nuevas y fantásticas. Algunas tenían un parecido asombroso con sus bosquejos, como si se ajustasen a un plan preestablecido, mientras que otras se habían transformado en seres sorprendentes que la pillaron desprevenida aunque nunca la decepcionaron.

Todos los animales le parecían hermosos y perfectos. Éste o aquel se parecían un poco a la madre o al padre pero en la mayoría las mezclas parecían haber dado lugar a seres totalmente distintos a sus progenitores.



Al cabo de cuarenta días y cuarenta noches más el diluvio cesó, el arca dejó de navegar y quedó embarrancada en un lodazal. Noé envió a otra de sus palomas exploradoras, que volvió esta vez con una rama de olivo en el pico como señal de que por fin la Tierra se estaba secando y de que estaban a salvo.

Set, Cam y Jafet intentaron abrir las compuertas del arca pero les resultó muy difícil; la madera se había hinchado y

no había forma de hacer correr el portón. Tuvieron que pedir ayuda a las mujeres pues Noé, ajeno a sus esfuerzos, estaba demasiado ocupado dando gracias a Dios.

Mientras tanto en el establo la tarea de descorrer la compuerta del estiércol le resultó mucho más fácil a Atara, que la había abierto y cerrado todos los días que duró la travesía evitando así que la madera se hinchara. Colocó la gran plancha por la cual los animales subieran a la nave y con un cariño infinito empezó a abrir las jaulas. Con los miembros adormecidos tras tantos meses de inmovilidad, los animales apenas podían dar un paso. Atara, nerviosa, los iba sacando uno a uno de las jaulas, animándoles a salir al sol.

Tan pronto como olisquearon el perfume de la tierra empezaron a aventurarse solos fuera del arca, bajando despacio por la rampa, unos tras otros como en procesión.

Nadie, sólo Atara, era consciente del intercambio de parejas que había ocurrido durante la travesía. Confiada en que su familia política estuviera demasiado ocupada con el desembarco, esperaba que no se dieran cuenta de que ahora junto a la leona caminaba un cachorro de gato rayado al que la cebra macho vigilaba con orgullo y que la cerda iba lamiendo a un pequeño de trompa atrofiada que apenas podía ponerse en pie.

Ella les iba diciendo adiós a todos, emocionada y orgullosa de su creación, cuando, de repente, un trueno estalló en el cielo y la familia fue presa de un pánico indescriptible.

Lo primero que pensaron fue que el diluvio no había terminado y debían volver al arca para resguardarse de nuevo de la lluvia.

Pero el trueno no era de lluvia. Era Dios que, tras tanto tiempo de guardar silencio, se estaba aclarando la garganta.

– ¡Noééééé! –gritó el Creador. Y esta vez la familia entera pudo oír su voz – ¡¿Cómo has osado?!

Se quedaron mudos de terror, sobre todo porque no sabían a qué se debía la cólera divina. ¿Acaso no había dejado de llover? ¿No era entonces el momento de desembarcar?

– Señor – imploró Noé, rodilla al suelo y pensando con an-

helo en las vides que se disponía a plantar – Perdonad pero, en vuestra divina omnipotencia, no sé de lo que estáis hablando.

– ¡Cómo te has atrevido a interferir en mi creación?!

– ¿Interferir, Señor?

– ¡Qué has hecho con esos animales, cretino?!

Fue entonces cuando los ojos de toda la familia se dirigieron hacia la parte trasera del arca y se fijaron en la rampa por la que descendía la curiosa procesión. Y enseguida comprendieron el porqué de la ira de Dios.

Y se unieron a Él en la indignación, gritando y haciendo aspavientos, para que se diera cuenta de qué lado estaban. Noé suspiró aliviado de poder pasarle la responsabilidad a un tercero, volvió a visualizar la vid en su cabeza y parar salvarla se puso a despotricar.

– ¡Atara, esposa de mi hijo! ¿Qué has hecho, majadera?

Ella bajó los ojos con humildad, como correspondía a su sexo y a su condición de mortal que tiene que responder primero ante su suegro y luego ante el Dios de éste.

Y respondió con fingida contrición.

– Sólo quería ayudar, Señor. Hacer más rápida la repoblación. Pensé que si había más especies, sería más fácil. Además, con lo bellos que son los animales me parecía un desperdicio no mezclarlos y sacar provecho de las combinaciones.

– ¿Estás loca? – intervino su suegra para congraciarse con Dios. A ella le importaba un bledo la suerte de otros animales que no fueran los domésticos, a los que podía explotar – Esa labor le corresponde enteramente al Creador. ¿Cómo has podido imaginar que tú podías crear vida?

– No, si yo no tengo ningún mérito. Lo único que hice fue abrirles las puertas. Han sido los animales quienes han creado las nuevas especies.

Todos sabían que la furia Dios no conocía límites y que, con tan sólo estornudar, era perfectamente capaz de mandarles un segundo diluvio. Como para corroborar ese temor, un ruido atronador rasgó el cielo y un ejército de nubes negras, atravesadas por unos relámpagos cegadores, se cernió sobre ellos. Un

viento huracanado puso la nota final al despliegue de efectos.

Las tres mujeres se abrazaron temblorosas, los hombres se arrodillaron en humilde actitud de vasallaje y Atara se quedó sola junto a los animales.

Sólo la serpiente se acercó a reconfortarla.

El macabro despliegue meteorológico duró las varias horas que el Creador necesitó para desahogar su ira y cuando hubo terminado, los desguarnecidos humanos estaban tan traumatizados y exhaustos que apenas podían moverse.

Dios no volvió a enviar el diluvio, sino que tras expresar con tal magnitud su cólera divina, decidió mostrar a los hombres su faceta magnánima. Sin la Creación no tenía nada que hacer para distraerse y como lo sabía todo, era consciente de que el paro forzoso podía lanzarle a él también al abismo de la depresión.

Pero el pecado de Atara no podía quedar sin penitencia y se la impuso donde más le dolía: la castigó a vivir alejada de los animales, a dedicarse sólo a las huertas y a parir un hijo tras otro, lo que al fin y al cabo era su obligación.

Noé se apresuró a buscar un lugar para plantar su vid y pronto las costumbres de los humanos volvieron a establecerse. En cuanto a los animales, sobre todo a los nuevos, les esperaba una etapa de adaptación al medio que todos superaron en tres o cuatro generaciones, pero Dios les prohibió volver a mezclarse nunca más con otros que no fueran de su propia especie. Sin confesárselo a nadie, el Creador acabó por aceptar que algunas de los nuevos diseños superaban en belleza a los que él mismo ideara e, infringiendo sin reparo la ley de derechos de autor, pasó a adjudicarse la creación de la obra de Atara, una mujer cuyo nombre fue borrado para siempre de la Historia.

